

CLARA EISMAN PATÓN

AUTORA-LIBRO-TITULO

ENCUENTRO CON EL AMADO-1992.

ESTÁ PROHIBIDA LA COPIA DE ESTE LIBRO

## PRÓLOGO

Admirando su dulce y bella silueta se encuentra el descanso infinito. Mirando se frente se ve el paraíso y todas las cosas que viven allí. Tocando sus dedos nuestras manos descansan en la eternidad. Mirando su misteriosa mirada, encontramos el sueño de toda la noche. Besando sus pies, se encuentra el camino que tenemos que recorrer. Mirando sus rosadas uñas, podemos ver cómo está nuestro espíritu. Besando sus manos, él nos acaricia con amor del suyo. Llamándolo amado, él nos habla y nos bendice. Si caminamos en sus pisadas, él nos otorga el favor de seguirlo. Si andamos por altas montañas, viene y nos coge de la mano para llevarnos a ver sus moradas. Si ponemos oído cuando él nos habla, podemos comprobar que su voz es música de arpa. Jesucristo rey del universo, es bello, humilde y su amor no tiene límites.

Mirando en el rincón más profundo de nuestra alma, vemos el dedo que nos señala con amor infinito.

Nadie puede esconderse de la mirada de dios, todo lo que hacemos él lo ve, nos vigila.

Jesucristo el amado es mi guía, mi maestro, mi amigo, mi señor, mi soberano, mi rey, mi sostén,

Mi voluntad es la él. Mi fuerza la suya. Mis pupilas es su mirada dulce y acariciante.

Mi boca son sus palabras. Mi contento su alegría.

Mis manos son sus caricias. Mis pies, su caminar.

Mis oídos su voz. Mi soledad, su silencio.

Mi pensar, su mente. Mis sacrificios, sus sufrimientos. Mi risa, su bienestar. Mi desnudez, su verdad. Mis penas, sus lamentos.

Seguirlo es amarlo y glorificarlo en el universo.

Dios mío y padre mío. Despertar de un nuevo día, amanecer del universo. Madre y virgen pura.

Eterno serás siempre. Amigo del desvalido.

El más anciano de todos. Risa y alegría. Encanto y bienestar. Color azul, violeta y rosa. Amor de todos los amores. Inocente, inteligente y sabio. Callado pero risueño. Triste, pero sin melancolía.

El más bello de todos. Armonía, grandeza y paz.

Silencioso pero alegre. Jesucristo, amado mío y amigo mío. Padre de todos los hombres.

Luz que ilumina en la noche. Voz que se escucha en el silencio. Mano que acaricia mi rostro.

Los que vivimos con él, tenemos suerte de sentir su aroma, a rosas y a jazmines.

Caminar por dónde él pasa es ir, haciendo nuestro sendero, en la verdad, en la luz y en la libertad.

El padre nuestro, está sentado en el cielo, vigilando a sus hijos para darles el alimento que necesitan día a día.

Clara Eisman Patón.

## CON LA MIRADA PUESTA EN EL CIELO

Cuando yo era niña, me sentía feliz de todo lo que veía, la sonrisa jamás la perdía. Mi débil cuerpo estaba siempre expuesto a los cambios bruscos que mi salud me daba. Lloraba muchas veces en silencio, nadie me comprendía, era imposible que me comprendieran, yo siempre estaba contenta. A mi vida venía a visitarme el crepúsculo, cuando lo veía llegar, le sonreía y le preguntaba.

-¿Te gusto? ¿Estás bien conmigo? ¿Qué buscas en mí? ¿Quieres que te enseñe a sonreír?.

Yo miraba el rostro de los sin sabores, veía en ellos tristezas lejanas, soledad con lágrimas amargas, recuerdos que no se borran.

-¡Ay de mí!- exclamé. ¿Cómo pueden ir juntas las penas y las alegrías? ¡Las tristezas y las fantasías!  
¡La noche y el día! ¡La tormenta y el sol naciente del medio día!.

-¡Ay de mí frágil cuerpo!.

La hierba en mi jardín volvía a crecer, y cuando el trigo de mi pradera estaba dorado, venía el crepúsculo y lo cortaba segándolo. Yo con lágrimas miraba cómo se lo llevaba todo en un brazado, le decía adiós con la tristeza en mis ojos.

Otra vez se había llevado mis esperanzas, las había arrancado sin compasión. Mis ilusiones también se iban y me dejaban sola para empezar de nuevo.

Llamé a la tristeza sin perder la sonrisa.

-¿Sabes quién soy?- le pregunte.

Hizo una pausa antes de responder.

-Eres el amanecer, siempre estás creando, esa es la razón que cojamos de ti.

Me quedé un rato mirándola, sentía pena por ella, era la tristeza, le mandé un beso con la mano. Ella aligeró para cogerlo, lo necesitaba, era pobre cómo todas las tristezas, me dijo con lágrimas.

-¡Es la primera vez que siento un granito de felicidad! ¿Te das cuenta lo necesaria que eres para los demás?.

Me senté en el escalón de la puerta mi casa, esperaba sin saber qué era, tenía ganas de llorar y de reír.

¡Qué lío me estaba haciendo! ¡Dios mío, tú que todo lo ves! ¡Tú que todo lo curas! Haz que yo comprenda lo que pasa por mi cabeza ¿Por qué río y por qué lloro? ¿Por qué te busco? ¿Por qué te amo tanto? ¿Por qué estás en mis sueños? ¿Por qué puedo tocar con mis manos tu divina cara?

¿Por qué estás atento cuando yo te hablo? ¿Por qué tu sonrisa hace que yo pueda ver tú paraíso? ¿Por qué tu voz me calma? ¿Por qué cuando lloro, tu secas mis lágrimas? ¿Por qué mi corazón escucha tu llamada? ¿Por qué tu sonrisa me hace ser tu amada? ¿Por qué cuando tocas mi mano yo escribo hermosas baladas? Dime amor ¿Por qué yo te amo?.

Por la calle arriba bajaba un anciano, de cabellos y barba blanca, se paró delante de la puerta de mi casa, y con una sonrisa me dijo al tiempo que por sus ojos azules caían dos lágrimas.

-¡Hola, niña bonita! ¿Qué era lo que preguntabas?.

Yo lo miraba dulcemente, y respondí con pausa.

-¿Sabías que había hecho preguntas- pregunté con la inocencia de una niña.

-Sí, niña bonita, hablabas conmigo, me preguntabas por cosas hermosas que, quedaban sin respuesta, ahora te puedo responder.

Antes que él me hablara, le pregunté.

-¿Por qué has reído y al mismo tiempo has llorado?.

-Por la misma causa niña bonita, por la misma causa.

Él posó su mano sobre mi cabeza, acarició mi larga cabellera, clavó su mirada de amor en la mía, y dijo.

-Niña bonita y de definida expresión, dentro de ti cobijas el sufrimiento y el dolor, la alegría y la desilusión, el trabajo y el perdón, la desventura y el amor. Seguirás creciendo y sufriendo, pero siempre serás la misma, y tendrás el mismo temperamento. Esto es lo que hace que todo gire y funcione. El amado Jesús cuando estuvo en la tierra, llamaba al



apóstol del amor, hijo del trueno, debido al temperamento que tenía. El amor es fuerte y noble al mismo tiempo. Tú posees esos dos dones, tú trabajo te lo exige. Si no fueras fuerte, no podrías hacerlo, y si no fueras noble, tampoco lo podrías llevar. Es bueno tener fuerza y nobleza al mismo tiempo.

No te aflijas, no llores, si lo haces, yo también lloro y sufro, porque tanto como tú y todos, estáis hechos de los trozos de mi cuerpo y de mi mente. Vuestro sufrimiento es el mío, vuestras alegrías las mías, vuestro descanso el mío, vuestras inquietudes son las mías. Todos tenéis un trozo mío. Ahora me voy, y ten presente que siempre estaré pendiente de ti y de todos los demás, lo que ocurre es que muchos tienen que ver para creer. El viento pasa por delante de todos, pero no se hace visible, no es necesario porque está ahí.

Vi cómo se alejaba, tenía el rostro de un anciano y el cuerpo de un hombre joven. Se dio la vuelta y agitó su mano para decirme adiós. Yo le correspondí.

## EL NIÑO JESÚS QUE VIVE CON NOSOTROS

Quiero entregarme como siempre en cuerpo y alma a todo lo que es mi trabajo espiritual, y el deseo que siento dentro de mí ser cuando veo a gente que conozco y otros que no, satisfechos y llenos de alegría. Este sentimiento no sólo lo siento por las personas, también por los animales, vegetales y minerales, por todo lo que tiene vida, por todas las partes que tenemos de lo divino.

Este libro, no sé si será pequeño o grande en volumen. Todo será hasta que los hermanos de luz quieran, para que yo siga escribiendo.

La infancia de todo ser humano o casi de todos, es difícil y dura de llevar, de hacerla más llevadera, todos los principios son malos y cuesta mucho hasta llegar a la mitad del camino. La infancia del niño Jesús fue dura, carecía de todo y de todo tenía, lo que tocaba se hacía realidad, lo que miraba se

convertía en auténtico, nació maestro, era el amado maestro. La infancia del niño Jesús él la hizo dulce, reconoció a los pájaros como sus mejores amigos, silbaba al mismo tiempo que los pájaros trinaban, decía que, era música celestial. Cuando se alejaba de su casa para estar en contacto con la naturaleza, los pájaros salían a su encuentro, se posaban en su cabeza, en los hombros y en las manos, tenía conversaciones con ellos, les hablaba del reino de dios, el de los cielos, el de la tierra y el de todos los planetas que son iguales. El niño Jesús amaba a todas las criaturas, a todo lo que tiene vida porque es parte de la creación.

Todos podemos seguir los pasos del amado Jesús, pero nadie podrá llegar hasta dónde él llegó, es el hijo de dios.

Jesús niño era adorable, mantenía relaciones con otros niños de su edad y también más grandes. Su madre la virgen María lo llenaba de atenciones y de cariño, era una madre amorosa. No tenían riquezas, puesto que José marido de María, era carpintero y ganaba un jornal para comer cada día.

María era buena administradora, buena cocinera y costurera, era ella quién hacía la vestimenta al su

hijo. Cuando Jesús jugaba con otros niños de su edad, hacía igual que ellos, no era un niño que se pasaba de listo frente a otro. Había veces que los otros niños jugaban a un juego nuevo. Jesús los seguía y hacía que no lo conocía, su madre había veces que lo observaba, y cuando estaban a solas le preguntaba.

-¿Por qué haces ver a los demás niños que conoces ese juego?.

Él le respondía con cara de ángel.

-No quiero que crean que sé más que ellos, esto haría que cojan complejo y no me dejen jugar.

Su inteligencia era muy grande, los mayores cuando lo oían hablar, se quedaban parados, que un niño de siete años supiera tanto o más que los hombres con experiencia.

Jesús era un niño que tenía bonitos sueños, jamás mientras dormía tubo ninguna pesadilla.

Desde muy pequeño hacía sillas de madera, su padre José le cortaba el material, y él lo construía, También hacía mesas de reducido tamaño, es por eso que sabía el oficio de carpintero.

En la libertad de cada ser humano, vive un niño, esta libertad sí se sabe llevar por buen camino, conduce al niño Jesús.

En belén nació un niño con los cabellos dorados como el sol, su madre lo amamantaba con la mirada de dios. Nació guapo y fuerte, sus bracitos sostenían el norte, el sur, el este y el oeste. Su madre lo miraba enamorada y sonriente. El niño crecía en ambiente de paz, de amor y de palabras dulces.

-Mañana es sábado- decía el niño a su madre- Iré a la sinagoga para hablar del reino de mi padre, del reino de su casa y de todos los que en ella viven y aman.

María felizmente lo miraba y exclamaba al cielo.

-¡Gracias dios mío de todo corazón! ¡Gracias padre te doy por dejarme venir a la tierra con mi hijo! ¡Mil gracias te doy!.

El niño Jesús siempre caminaba con la mirada baja, decía que había que admirar las piedrecitas que habían en el suelo, ellas no eran menos que

una roca, estaban sentenciadas a que se pisaran. Tenía mucho respeto por todo lo creado, las piedras hasta la más pequeña fue un acto de creación.

Un día iba el niño Jesús andando por la calle, se cruzó en su camino una joven, ella al verlo no se pudo retener y le cantó una canción que le enseñó su madre cuando era pequeña.

-Niño rubio y de ojos azules, que embelleces todo con tu mirada, niño de cabellos rizados, yo te canto esta bonita nana, cuando te hagas grande piensa en quien en verdad te ama, niño de cabellos rubios y de dulce mirada.

El niño Jesús en agradecimiento dijo, que dejara que la besara. La joven emprendió su camino con la sonrisa en los labios, Jesús agitaba sus bracitos para decirle adiós.

El niño que crece en cada ser humano, es el amor, el despertar de la luz divina, el amanecer de un nuevo día, la verdad y la belleza que hay en cada ser humano, hace que nos sintamos como niños.

## LAS ESPIGAS Y LAS AMAPOLAS

Los trigos estaban creciendo, muchos campos estaban repletos de ese cereal tan necesario que da la tierra para el alimento de los humanos. Sus vecinas las amapolas junto a ellos estaban contentas y felices.

Los pájaros iban y venían haciendo sus nidos en los árboles que habían cerca de los trigos, de esa manera tenían la comida cerca y no se iban lejos, dentro del árbol miraban crecer el trigo.

Las amapolas eran esbeltas, tenían mucho resplandor que hacían lucir los campos. Ellas eran felices de ver a pájaros criar sus polluelos. Todas las flores tienen sentimientos, ven, oyen, se alimentan, duermen de noche, se despiertan cada mañana con el trino de los pájaros, mantienen conversaciones que el ser humano no está dotado para oír. Sufren cuando las arrancan de su tallo, ellas también

tienen sangre pero es de color blanco, del color de la pureza. También las flores son coquetas y presumidas, las hay de carácter triste y otras más alegres.

Los trigos seguían majestuosos alzados en los campos, mostrando su bonito y dorado color a las amapolas, ellos también presumían de tener belleza. El viento los balanceaba, y mientras ocurría, se besaban.

Había una espiga fuerte y alta, estaba enamorada de una amapola rosada, sentía deseo de besarla, pero no se atrevía, esperaba que fuera ella quién diera el primer paso y la deseara.

La amapola se dio cuenta del juego que se traía la espiga, y le dijo a otra amapola que estaba cerca.

-Esa espiga es hermosa y de gran belleza, pero tiene mucho orgullo, se cree la más maravillosa de todo el campo. Ella piensa que, porque es esbelta y yo pequeña, voy a caer en sus redes de seducción.

La otra amapola observó a esa espiga, en verdad vio en ella mucho orgullo y también belleza. Miraba



a las demás espigas con indiferencia, cómo si la belleza de ellas no valiera nada. Una idea le vino a la amapola observadora y se la comunicó a su amiga vecina la otra amapola.

-¿Quieres que le hagamos un poca rabiar?.

-¿De qué manera?.

Su compañera le respondió con gesto muy femenino.

-Déjame a mí que trabaje en este terreno, verás que muy pronto se acerca a ti para acariciarte.

La amapola se acercó a otra espiga que estaba cerca de la primera, señaló a su amiga y dijo.

-¿Te gusta la compañera que tengo de vecina? Es bonita y frágil, su color aquí es único.

La primera espiga lo estaba oyendo y rápido dijo.

-¡Yo la he visto primero! ¡La tengo reservada para mí! ¡No voy a dejar que me la quites!.

-¡Me la han ofrecido a mí! ¿Por qué te has dormiste en los laureles?- respondió la otra espiga.

-Estaba dispuesta a pelear por esa amapola, yo la

quiero para que siga a mi lado, y si quieres nos batimos en duelo, y el que gane, se la queda.

-¡Quiero que sea así!- respondió la espiga adversa.

-¡Espigas de este campo, apartaos, que voy a batirme en duelo con la espiga adversa- dijo agritos.

Las demás espigas se apartaron, todas se echaron a tierra, el duelo empezó entre las dos espigas enamoradas de la amapola rosada.

Las dos espigas empezaron el combate, juntaban los tallos y se retorcían, una intentaba arrancar la espiga de su tallo, se daban golpes una contra otra, iban a muerte para apoderarse del amor de la amapola rosada.

La amapola rosada, lloraba desconsoladamente y decía.

-¡Qué alguien las separe! ¡Por favor, qué las separen! ¡Van a morir por mí, y no quiero!.

Los pájaros desde sus nidos estaban viendo el duelo entre las dos espigas, piaban entre ellos diciendo.

-¡Sí no ponemos remedio, esto va a acabar muy mal! ¡Vamos todos en bandada para que paren!.

Los pájaros salieron todos de los árboles y volaron posándose en los trigos que seguían echados en la tierra, piaron fuerte, diciendo.

-¡Levantaos todos y parar este combate que no lleva a ningún lugar!.

Todas las espigas se levantaron a la vez, se pusieron en medio de las dos espigas luchadoras, ya les quedaban pocos granos en la espiga, el tallo lo tenían retorcido y roto. La amapola rosada lloraba de pena, miró a su compañera y le dijo sollozando.

-¡No eres buena! ¿Cómo es posible que hagas tanto daño? ¿No tienes sentimientos?.

La otra amapola sentía vergüenza por lo que había hecho, y le respondió a su amiga.

-No creía que la espiga orgullosa iba a reaccionar de esa manera, pensé, que miraría su orgullo y vanidad antes de combatir en duelo con la otra espiga.

Los pájaros escuchaban la conversación de las dos amapolas, se miraban y negaban con sus cabecitas, uno de ellos el más atrevido, voló junto a ellas y dijo a la amapola que emprendido el duelo.

-¡Bella flor! ¿No sabes que ante el amor el orgullo no sirve?. Si el amor es verdadero, se olvida de los sentimientos falsos, esos no dominan, no tienen fuerza, sólo el amor triunfa y vence a todos los obstáculos.

La amapola rosada giró sus delicados pétalos hacía las dos espigas heridas, y mirándolas dulcemente les dijo con cariño.

-Las dos me gustáis porque me habéis dado una muestra de amor. Pronto estaréis recuperadas de vuestro grano, el sol sale mañana y calentará la espiga y el tallo de vuestro cuerpo.

La otra amapola cerró sus pétalos dejando sólo el capullo. La amapola rosada le pregunto.

-¿Por qué te cierras?.

-Mañana viene el sol y me va a castigar con sus rayos de ira, no me he portado bien con la naturaleza, he jugado con ella para hacerle daño, pero no era consciente de lo que hacía.

-Lo importante es que estás arrepentida, el sol tendrá compasión de ti, estoy segura que te dirá que abras tus hermosos pétalos rojos y lo mires de cara- respondió la amapola rosada.

La amapola roja no respondió, inclinó su cabecita y se quedó dormida, esa noche soñó con el sol, le pidió perdón por su torpeza.

A la mañana siguiente el sol salió por el horizonte, reflejó sus rayos de luz por la tierra, y en ese campo de espigas y amapolas, dio más luz para que entendieran todo mejor. Ayudó a las dos espigas a ponerse derechas, curó con sus rayos el tallo y el grano. Le habló a todas las espigas y amapolas, dijo con voz cándida.

-Sois el pan de cada día espigas hermosas, el trabajo vuestro es de crecer para el alimento.

Quiero dirigirme a las bellas amapolas, el trabajo vuestro es dar luz, belleza y bonitos sueños. Cada especie de flor está hecha para una función diferente.

Los pájaros al ver lo que estaba sucediendo, todos se pusieron haciendo un corro alrededor de las espigas y de las amapolas. Empezaron a trinar un cántico alegre al sol.

La amapola rosada habló con el sol.

-Cambia mi color rosa por el rojo, de esa manera las espigas y amapolas, me verán como ellas.

-Hermosa amapola, te crearon de ese color por tu bondad y porque en ti no hay engaño- dijo el sol.

La amapola roja se dirigió al sol y dijo.

-Merezco un castigo por mi ignorancia.

-El castigo te lo has dado tú sola, es el pesar que llevas dentro de ti- respondió el sol.

Los pájaros trinaron de alegría.

## SIGUIENDO AL MAESTRO

Los almendros estaban en flor, la belleza que había en sus flores era esplendorosa y el aroma que desprendían perfumaba ese hermoso valle.

Hacía sólo dos semanas que habían dado muerte a un hombre en la cruz. Tanto en la ciudad cómo en los pueblos más cercanos, ya no se hablaba de ese caso que conmovió a mucha gente.

Los que fueron sus discípulos, todos estaban escondidos para no ser vistos, a ellos también los perseguían para darles muerte. Unos estaban en casa de amigos fieles, otros fueron a vivir a cuevas en las montañas. Eran hombres y mujeres, todos apocados y con miedo a que les sucedieran lo mismo que al maestro. Lo recordaban con mucha nostalgia, se juntaban todos para recordar sus palabras, sus sabias palabras llenas de verdad y de amor.

Lucrecia había seguido el proceso de Jesús, el

que decía que era hijo de dios. Ella no participó en nada, lo conocía a él y a sus discípulos, en alguna ocasión que subía al monte para oír sus palabras y su voz, le gustaba cómo hablaba y lo que decía.

Lucrecia estaba parada mirando los almendros en flor que habían alrededor de su casa. Recordaba los acontecimientos ocurridos de Jesús, ella se hacía estas preguntas- ¿Por qué crucificaron a ese hombre? ¿Sólo por decir que era el mesías? ¿Qué malo puede haber en ello? ¡Puede que lo fuera!

¿Por qué no?.

Lucrecia seguía mirando la flor del almendro al tiempo que aspiraba el aroma delicioso que desprendía. Recordó el rostro bello y varonil de él y su voz hablando a la muchedumbre que lo seguían atentamente. Por sus mejillas caían dos lágrimas recordando algunas de sus frases que un día dijo en la montaña – Nada haréis sin mí, para que todo lo tengáis, tenéis que dirigiros al padre en mi nombre, y él, que su morada está en los cielos, escuchará vuestra plegaria.

Lucrecia quitó con las yemas de sus dedos, las lágrimas que iban cayendo al suelo.



-¡Qué frase más hermosa! – dijo ella en voz alta.

Una mariposa fue a posarse sobre una flor del almendro, era grande y de gran belleza, blanca cómo lo más puro e inmaculado. Lucrecia la observaba, comía el néctar de la flor, aparte quería comunicarse con ella.

-¡Vamos, dime a qué vienes!- dijo Lucrecia.

La mariposa movía sus largas antenas de un lado a otro. En esos instantes Lucrecia se acordó de uno de los discípulos de Jesús, un día en la montaña habló con él, y le dijo.

-Hace dos o tres veces que te vengo observando ¿Te gustan las palabras del maestro?. Sí un día lo quieres seguir, se lo dices a él, hay muchas mujeres que son sus discípulas tuyas.

Lucrecia seguía mirando a la mariposa, se dirigió a ella y dijo en voz alta.

-Ahora quisiera ser discípulas de Jesús, él ya no está aquí. Los que eran sus discípulos se han dispersado cada uno por un sitio diferente, no sé dónde encontrarlos.

De pronto le vino a la mente la frase de Jesús que decía – Lo que queráis pedirle al padre, decirlo en mi nombre.

Lucrecia llena de alegría, dijo a la mariposa.

-¡Gracias por ayudarme a encontrar lo que buscaba!.

La mariposa saltó de la flor y voló hacia otros almendros, Lucrecia la seguía con la mirada hasta que la perdió de vista. Allí se puso a pedir al padre en el nombre de Jesús para que le facilitara el encuentro con un apóstol.

Habían pasado algunos días. Lucrecia había ido con una hermana de ella a un mercadillo a comprar tela para hacerse un vestido. Estaba eligiendo una preciosa tela y su mirada fue a pararse en un puesto de fruta que había cerca. Su rostro se llenó de alegría al reconocer al discípulo con el que ella habló un día en la montaña.

Se dirigió a su hermana y le dijo.

-Espera aquí, ahora vuelvo, tengo que hablar con el hombre que está comprando fruta.

-¿De qué lo conoces?- preguntó su hermana.

-Te lo diré después.

Juan estaba pagando la fruta que había comprado, escuchó una voz de mujer que le dijo.

-Paz, hermano.

Esta frase la usaba muy a menudo el maestro.

Juan miró a su derecha, se fijó en la joven que lo había saludado, al instante la recordó, su físico era dulce y sus facciones bonitas, su voz aterciopelada.

-Paz, hermana- respondió Juan.

Lucrecia estaba muy emocionada, con los ojos brillantes por las lágrimas, dijo ella.

-He pedido al padre en el nombre de Jesús, poder encontrar a uno de sus discípulos.

Juan pagó las manzanas y se separó del puesto de fruta, tenía que hablar con esa joven aparte, para que nadie los oyera. Los dos fueron a un sitio vacío, Juan tenía la voz dulce, era por eso y por otras cosas que Jesús le decía, apóstol del amor.

-Hermana ¿Qué te trae aquí?- Preguntó Juan.

-Exactamente todavía no lo sé. La voz del maestro suena en mis oídos, oigo sus frases, recuerdo el día que lo crucificaron aunque yo no estaba allí, no hice nada para defenderlo, me quedé en mi casa esperando que ese día pronto acabara.

Cuando recuerdo al maestro y todo lo que decía, mi corazón se ensancha y se pone a latir muy fuerte.

Juan la escuchaba muy atento con su mirada de amor. Tenía los ojos llorosos, la recordaba muy bien él, le preguntó.

-¿Cómo te llamas?.

-Lucrecia- respondió ella.

Juan sacó del bolsillo de su túnica un papel con una dirección escrita, la entregó a Lucrecia.

-En esta dirección me encontrarás, estoy viviendo ahí provisionalmente, ven a verme cuando quieras. Todos nos reunimos en otro lugar más escondido, si quieres participar, me lo dices el día que quieras.

-¡Es maravilloso!- exclamó ella.

Notó que alguien le tocaba el hombro al tiempo que le decía su hermana.

-¿Vienes? ¡ El hombre de las telas te está esperando!.

Lucrecia miró a su hermana y señalando a Juan dijo.

-Es un discípulo del hombre que crucificaron. Yo lo oí en varias ocasiones hablar de dios y de su reino.

Su hermana la miró con curiosidad pero no dijo nada. Sólo habló para decirle.

-¡Vamos, se nos está haciendo tarde!.

Juan se despidió de las dos hermanas, vio cómo se alejaban para pararse en la tienda de telas.

Habían pasado algunos días, Lucrecia pensaba en ir a visitar a Juan. Sabía que el día que fuera a la dirección que él le dio, lo seguiría y se haría discípula de Jesús, era por esa razón que retrasaba el momento de ir. Ella tenía padres y hermanas, no sería fácil para ellos saber que su hija más pequeña fuera en manera de pensar diferente a ellos. Estaba inquieta, su intranquilidad dio paso a que sus

padres y hermanas se dieran cuenta que algo le estaba ocurriendo. Su madre era la que más tiempo pasaba con sus hijas y sobre todo con Lucrecia que era la más pequeña, tenía diecisiete años. Su madre estaba preocupada, su hija Lucrecia apenas comía, pasaba tiempo en su habitación bordando su vestido sin interesarle lo que sucedía en casa. Su madre no podía por más tiempo seguir viviendo esa situación, un día entro al dormitorio de su hija para hablar con ella y le dijera qué le sucedía.

Lucrecia no escondió nada a su madre y le contó todo. La madre tenía miedo a la reacción de su marido cuando ella se lo dijera, era hombre de pocas palabras y de mal carácter, lo que decía se tenía que cumplir a raja tabla.

Había pasado dos días. Una noche estando en la mesa cenando, el padre se dirigió a su hija Lucrecia diciéndole con ordenanza.

-¡Te prohíbo que vayas a ver gente que no conocemos! ¡Ni que participes en ninguna de sus actividades! ¿Queda claro? ¡Dame la dirección que ese tal Juan te ha dado, quiero hacerle una visita!.

-¡Padre, no puedo hacer lo que me pides- dijo

Lucrecia con lágrimas- Sí te la doy los vas a denunciar y será mía la culpa.

-La justicia ha prohibido esa secta, a todos los que cogen los condenan a muerte. No quiero que una hija mía esté implicada en todo eso.

Lucrecia recordó unas frases del maestro cuando dijo – Quien ame a su padre y a su madre más que a mí, no es digno que entre en el reino de dios.

Lucrecia miraba a su padre del modo qué comía, con un apetito feroz sin importarle los sentimientos ni los deseos de su familia.

Recordó la mirada del maestro, había mucho amor cuando miraba a la muchedumbre, de sus pupilas salía fuego sagrado.

Terminaron de cenar, Lucrecia se fue pronto a su dormitorio, su padre entró para que le diera la dirección de Juan. Era difícil enfrentarse a él, pero lo iba hacer aunque le pegara y la maldijera, el miedo que le tenía se le había ido, no sentía temor por nada. Lo tenía todo muy bien pensado y sabía lo que quería hacer. Siempre había hecho la voluntad

de su padre, si ella no estaba casada era porque sus padres no vieron con buenos ojos al joven que la quería de verdad, no era rico. Ellos buscaban para sus hijas hombres con mucha fortuna.

Al día siguiente Lucrecia se levantó muy temprano, salió de sus casa de puntillas para no hacer ruido. Siguió el camino que llevaba a la dirección del apóstol Juan. No fue fácil encontrar la casa, estaba en un barrio pobre a las afueras de la ciudad. Era una casa vieja y destartalada, la puerta tenía agujeros comidos por la carcoma.

Lucrecia hizo una respiración profunda antes de llamar. Tres golpes con los nudillos y esperó.

Vino abrir una mujer de mediana edad, preguntó.

-Joven ¿Qué quieres?.

Lucrecia sacó del bolsillo de su manto, la dirección que Juan le había dado.

-Entra- dijo la mujer sonriente.

La casa era grande por dentro pero no tenía ninguna comodidad, los pocos muebles que había eran viejos y en mal estado.



La mujer dijo qué esperara en el recinto, la chimenea estaba encendida, se estaba bien. Entró por un pasillo largo, se oía su voz comunicar a Juan la visita que tenía, no tardó en aparecer.

-Paz, hermana- dijo Juan saludándola.

Lucrecia respondió de la misma manera.

-Estoy aquí porque siento la voz del maestro en mis oídos, oigo sus palabras tal como las decía en la montaña. Estoy segura que me he enamorado de él, de su persona, de su voz, de su mirada, de su sonrisa y de sus palabras llenas de libertad y de verdad. No quiero que tomes este enamoramiento como algo físico, lo mío es espiritual.

Juan sonrió, luego dijo.

-Todos y todas que seguimos al maestro, es el amor que sentimos hacía él, ninguno sabríamos decir qué clase de amor es ese. Cuando nos reunimos tocamos este tema, nadie puede decir si es amor espiritual, si es mágico o hechizo. La verdad es que le amamos con el corazón y con la mente, y daríamos la vida por él cómo él la dio por nosotros.

Lucrecia miraba al apóstol Juan sin parpadear y escuchaba sus palabras con atención. El mundo terrenal en el que estaba viviendo, no le satisfacía, el hombre con el que ella quería casarse, no iba a ser posible, sus padres se oponían por ser un simple obrero y no poseer riquezas, lo tenía decidido.

-Quiero unirme a vosotros y ser esposa del maestro Jesús, igual que son las mujeres que lo siguen. Mis deseos son pertenecer a su universo- dijo Lucrecia con los ojos llorosos por el amor que sentía.

Juan la observaba convencido que decía la verdad.

-¿Qué edad tienes?- preguntó Juan.

-Pronto voy a cumplir dieciocho años.

-¿Está realmente decidida a pertenecer al maestro Jesús?.

-¡Totalmente! Aunque soy consciente que voy a tener problemas con mis padres, no quieren que me acerque a vosotros.

-Es lógico que no quieran. Tú escucha la voz de tu corazón y haz lo que te dice.

Lucrecia sabía que la lucha con sus padres iba a ser muy fuerte. Pidió consejo al apóstol Juan.

-¿Cómo puedo convencer a mis padres para que me comprendan y no sufran?.

-Es difícil lo que me pides, todos y todas estamos señalados por el dedo de la justicia. Sólo hace un mes que al maestro lo crucificaron, nos buscan por todos sitios, tus padres no tardarían en denunciarnos y muchos de nosotros seríamos condenados a morir. La decisión es tuya.

-Quiero compartirlo todo con todos vosotros y venir a vivir al lado de los que habéis conocido al maestro- dijo Lucrecia muy segura- ¿Tenéis un sitio para mí?.

-María magdalena es la que se encarga de acoger a las mujeres en una mansión que posee al otro lado de la ciudad, cuando esté dispuesta yo te acompaño.

Lucrecia se despidió del apóstol Juan asegurándole que pronto volverían a verse para quedarse con ellos.

## LA TRISTEZA DE ANTONIO

El mar estaba tranquilo, las olas iban y venían acariciando la arena. El sol se estaba poniendo al otro lado del horizonte.

Antonio estaba sentado sobre la arena de la playa viendo la puesta de sol que sólo el creador pudo hacer con sus deliciosas manos.

Hacía un rato que estaba orando en voz alta, todo lo que decía eran los pensamientos que le venían a la mente, preguntas que le hacía su ser interno.

-¿Por qué hay tanta belleza en la tierra y la mayoría de los humanos no la ven y destrozan todo por donde pasan?.

Oyó la voz de su ser divino que dijo.

-Antonio, mi dulce y amado Antonio, la belleza que ves en la tierra la mayoría de humanos no saben que existe, porque ellos cuando miran no lo hacen con amor, para que algo sea hermoso, la persona tiene que sentir dentro de su ser, armonía y sensibilidad para recrearse en la belleza de lo que

tiene delante. No sólo son los ojos que ven las grandezas que hay en la tierra, el espíritu o ser divino tiene qué mostrárselo para que lo entienda, si su divino ser está dormido, nunca podrá detenerse delante de una flor para admirar su belleza, queda indiferente a ella. La ignorancia de ellos es tan grade, que no saben si arrancando un árbol lo puede perjudicar. Todos los humanos poseéis el ser divino, el que lo deja dormido y no hace nada para despertarlo, para su propio beneficio de la belleza interna, sufre dentro de la persona, este ser divino está condenado a morir el día que la persona deje la tierra.

Antonio cerró los ojos, lloraba por las demás personas que no sabían o no querían saber que, un ser divino vive dentro de cada uno y espera a que un día lo deje despertar. ¿Cuánto tiempo quedaba para que el ser humano abriera los ojos y viera todo lo bueno que hay dentro de ellos?.

Las plegarías de Antonio eran sus preguntas y respuesta a su ser interno, esa era su manera de

orar. Pedía a dios padre todo poderoso que escuchara sus oraciones para que los humanos despertaran en la verdad de la creación divina.

Antonio seguía hablando en voz alta.

-Nuestro amado Jesús dijo, buscar la libertad en la verdad para que seáis libres como palomas y podáis volar por el cielo.

-Así es amado Antonio- respondió su voz interna- La libertad es hermosa cuando saben lo que es. Libertad quiere decir, seguridad en todo lo que se hace y se dice. Limpieza del espíritu, quitar y sacar todo lo que molesta. Desencadenarse de todo lo que no nos hace falta. Desear todo bien a todas las personas que nos rodean y también a las que no conocemos. Tener los pensamientos limpios hacia todo lo que tiene vida.

Antonio miró a su derecha, de ahí procedía la voz que le hablaba. Cerca de él caminaba un niño de tres años de edad, vio que resplandecía cómo el oro y la plata que brilla. Sus cabellos eran dorados

con rizos, sus ojos azules, vestía con túnica blanca y larga tapándole los pies. Antonio se agachó para estar a la altura del niño y poder hablar con él.

-Señor ¿ Hacía tiempo que estabas conmigo escuchando mis plegarías?- preguntó Antonio.

-Cuando el sol se puso, yo vine a verte.

-¿Me das tu permiso para que yo te coja en mis brazos y caminemos los dos juntos?.

-Por supuesto, para eso he venido- dijo el niño.

Antonio cogió en brazos al niño Jesús. Los dos iban por la arena del mar, las olas llegaban hasta los pies de Antonio.

El cielo tenía extendido su manto de estrellas, el viento iba acariciando sus rostros. Antonio caminaba feliz llevando en sus brazos al niño de dios.

-Señor, cuantas personas se pierden esta gracia de llevarte en brazos- dijo Antonio- Para que les ocurra tienen que amarte de verdad, no sólo con la palabra basta.

El niño Jesús tocó la frente de Antonio, le dijo.

-Mira como son la gente que mencionas, puedes ver desde aquí lo que hacen y en qué emplean su tiempo.

Unos discutían dando grandes gritos, otros compraban cosas vanales para saciar sus vicios, otros estaban en sus trabajos humillados por los jefes, otros pasaban el tiempo pensando y aburridos sin gana de no hacer nada.

-¿Te das cuenta de cómo son?- dijo el niño- Saben que tienen un espíritu que necesita alimento divino.

Antonio no dijo nada, seguía caminando con el niño en brazos. Estaba triste y lloroso, sentía pena por ese espíritu que habitaba el cuerpo de la persona sin alimento ninguno.

-No te entristezca por ellos, todos al nacer saben que tienen un espíritu y que necesita alimento espiritual. El gran espíritu que vigila, les pedirá cuentas el día que regresen a él. Mientras les va



bien las cosas no se acuerdan que dios existe, cuando ocurre una desgracia el algunos de ellos, suplican a dios llorando y dicen - ¡Mira lo que ha ocurrido! ¡No voy a creer más en ti! ¡He perdido la fe!. La fe cómo ellos dicen, nunca la tuvieron, todo era una propaganda que iban haciendo para hacer ver que son buenos creyentes.

Antonio seguía caminando, por sus mejillas caían dos lágrimas, el niño Jesús se las quitó con las yemas de sus dedos. El niño dijo.

-Bájame, vamos a entrar en el agua cogidos de la mano.

El niño Jesús estiraba de la mano de Antonio él, se dejaba llevar con sonrisa.

-Vamos a cantar y a reir- dijo el niño- Sigamos bramido de las gaviotas. Ellas nunca están tristes, vuelan majestuosas por encima del mar y por el cielo.

El niño Jesús y Antonio iban contentos saltando y salpicando el agua del mar.

## EN COMPAÑÍA DEL MAESTRO

El maestro caminaba lentamente con la mirada puesta en la hierba que iba pisando. Sus seguidores iban detrás al mismo paso de él. Había silencio sólo se oía el ruido de las pisadas. La muchedumbre se miraban queriendo saber dónde el maestro los llevaba, todos iban cansados de la caminata que habían emprendido al amanecer el día. El maestro también estaba cansado, sus pasos eran lentos y pesados. Ese lugar por dónde iban era hermoso, el campo estaba repleto de flores de varias especies y muchos árboles altos y fuertes con nidos de aves dentro, saltaban de un árbol al otro con sus trinos alegres.

El maestro se paró a los pies de un grueso árbol, se sentó junto a su tronco y recostó la espalda en él.

Se dirigió a todos sus seguidores y dijo.

-Sentaos y descansar.

Hicieron lo que el maestro dijo. Todos llevaban una alforja y dentro algo de comida, cada uno comía de lo que llevaba. El maestro tenía los ojos cerrados

estaba en oración. Nadie se atrevía hablar para no extorsionar su meditación. Todos intercambiaban miradas y gestos preguntándose por qué él no comía, llevaban caminando más de mediodía, su cansancio tendría que ser horrible pero no lo hacía ver. Uno de los seguidores el más atrevido, lo sacó de la oración diciéndole.

-Maestro, tienes que comer para mantener las fuerzas. Todos nosotros hemos comido y estamos mejor.

El maestro abrió los ojos y dirigiéndose a todos dijo.

-¿Alguno de vosotros podéis ir a buscar espliego?.

La mayor parte de gente se puso en pie ofreciéndose.

-Sólo ir dos- dijo el maestro.

Todos se estaban poniendo de acuerdo quién iba a ir a coger espliego, como no se entendían porque todos querían participar en esa tarea, el maestro señaló a dos que estaban lejos de él y dijo.

-Irás tú y tu.

Rápidamente contentos salieron a por espliego, la flor de lavanda.

Medía hora más tarde volvieron con un manojo cada uno, lo depositaron cerca de sus pies.

El maestro cogió un tallo de lavanda con la flor, se dirigió a todos diciendo.

-Mirar el color violeta de lavanda, su color relaja y su aroma perfumado puede enriquecer un templo usándola como incienso. Su perfume sube por el cielo, limpia la atmosfera de malas olores. Las hojas y la flor tranquiliza a la persona que esté cerca.

El maestro cogió los dos manojos y fue repartiendo una ramita a cada uno de ellos.

Uno de los hombres que lo seguía dijo.

-Maestro, hemos caminado mucho, todos nosotros hemos comido para reponer fuerzas, tú no has probado bocado todavía.

El maestro abrió su alforja y sacó una manzana, la fue comiendo ante la mirada de sus seguidores.

La noche había llegado, todavía seguían debajo del grueso árbol, todos estaban cansados, el

maestro decidió que pasaran la noche allí.

De madrugada se desató una gran tormenta, los relámpagos iluminaban todo aquel campo floreado, los truenos hacían temblar a todas las criaturas que lo habitaban. No lejos del maestro y de sus seguidores, había una manada de caballos salvajes, al estruendo de los truenos, los animales huyeron cada uno por un lado. Había una yegua que estaba criando, su pequeño escapó despavorido a refugiarse en cualquier lugar, sólo tenía una semana de vida, el pobrecito cayó con las patitas dobladas, no, podía ponerse en pie, lo intentaba y de nuevo caía. Relinchaba todo lo que podía llamando a su madre, pero ella y todos los demás estaban lejos.

El maestro oyó el relinchar del pequeño y el galopar de los demás caballos, se dirigió a sus seguidores y dijo poniéndose en pie.

-¿Oíd al pequeño pidiendo auxilio?.

-Maestro, sólo es un caballo- dijo uno de sus seguidores.

-Sí, es cierto, es una criatura que ha debido separarse de su madre con la tormenta, está asustada, vamos en su busca y se la entregamos

a su madre, la estará buscado.

El maestro y sus seguidores bajo una lluvia que caía a torrentes, con los relámpagos y los truenos, salieron en busca del animal que seguía doblado en la tierra sin poder ponerse en pie. Llegaron al lugar, el maestro cogió al potrillo y lo puso de pie, estaba asustado y temblando. Se dirigió a sus seguidores y les dijo.

-Id en busca de los demás caballos y traerlos aquí.

Algunos de sus seguidores dijeron.

-Maestro, estamos empapados de agua, los caballos son animales que están acostumbrados a vivir en el campo y en libertad ¿No es mejor a que esperemos a que la tormenta pase? ¡La madre de este potro lo encontrará, y todos los demás caballos seguirán en su grupo!.

-El campo es muy grande y pueden tirarse galopando varios días, esta pequeña criatura necesita a su madre para seguir viviendo- dijo el maestro mirándolos a todos.

Los más valientes y decididos salieron en busca de la manada de caballos, los demás los siguieron.

Habían encontrado la manada, era un difícil trabajo para realizar, tanto los caballos como las yeguas, no dejaban que los hombres se acercaran a ellos. Fue difícil tarea pero al fin consiguieron llevar a la manada al sitio donde esperaba el maestro con el potrillo.

La yegua madre rápidamente se acercó a su pequeño para cobijarlo con ella y amamantarlo.

El maestro y sus seguidores volvieron al sitio donde estaban, allí habían dejado las alforjas. Esa noche nadie pudo dormir.

A la mañana siguiente, amaneció un cielo limpio y un sol que brillaba y calentaba. Tenían que seguir la marcha hacía otro lugar.

Habían llegado a los pies de una montaña, estaba cubierta de romero en flor. El maestro se paró en una gran mata, tocó sus ramas y aspiró su aroma, se dirigió a todos diciendo.

-El romero es muy apreciado por muchas civilizaciones para varias causas, una de ellas es el

bienestar que desprende para que la persona se encuentre bien, quita el malestar también, y las enfermedades del cuerpo y del espíritu. Ahuyenta a los malos espíritus y atrae a los buenos.

-Maestro ¿tú para qué lo aplicarías a nosotros?- preguntó uno de sus seguidores.

-Esta noche vamos a dormir entre romero y mañana seguiré hablando de su gran poder- respondió el maestro.

-¿Qué gran poder puede tener este arbusto?- decían unos a otros.

-No seáis impacientes, mañana lo sabréis- dijo el maestro- Ahora vamos todos a dormir, la noche pasada estuvimos trabajando en la búsqueda de los caballos.

A la mañana siguiente al despertarse, el maestro le habló a todos y dijo.

-Hoy es el último día que estoy con vosotros, tengo que marcharme a otro lugar, me están esperando.



Ninguno de sus seguidores querían separarse de él, hacía un tiempo que lo iban siguiendo y pensaban que siempre estaría con ellos. Todos tenían el semblante triste. El maestro habló y dijo.

-Os he enseñado a amar todo lo creado, ahora tenéis que trabajar sobre mis enseñanzas. Hay más gente que hace tiempo me están esperando a que llegue a ellos.

Estuvieron todo el día en la montaña escuchando las palabras del maestro. Al llegar la noche el cielo quedó iluminado por la luna llena y por el manto de estrellas que cubría el firmamento. Muchos se quedaron dormidos y otros descansando con los ojos cerrados.

A la mañana siguiente el sol daba en el rostro de todos y se despertaron. Vieron que el maestro no estaba en el lugar que se había quedado la noche anterior, se alarmaron mucho, se levantaron y comentaron muy afligidos.

-¡El maestro no está!- dijo uno.

-¿Es posible que se haya ido sin despedirse de

todos nosotros?- comentaba otro.

-¡Por allí viene!- gritó otro con alegría.

El maestro subía con paso firme la cuesta de la montaña, al llegar a ellos les preguntó.

-¿Por qué habéis desconfiado de mi creyendo que me había ido?.

-¡Te queremos mucho maestro!- dijo uno con lágrimas.

El maestro estaba en medio de todos, les habló diciéndoles.

- ¡Yo también os amo! ¿Cómo iba a irme sin despedirme de todos?.

El maestro se acercó a uno de ellos y le preguntó.

-¿Qué has soñado esta noche?.

El hombre se puso a pensar y dijo.

-He soñado que yo iba hablando de ti a mucha gente, les enseñaba todo lo que tú nos has enseñado.

El maestro se dirigió a otro que estaba más

lejos y le preguntó.

-¿Qué has soñado esta noche?.

Este hombre era el más joven de todos, dijo.

-He soñado que tú y yo íbamos por un camino y me enseñabas el poder de las plantas.

El maestro señaló a otro y dijo.

-Dinos que has soñado esta noche.

Este hombre miró al cielo y dijo.

-He soñado que yo iba montado en un caballo blanco empuñando una espada de oro, de pronto el caballo sacó sus alas y volábamos por el cielo. Allí nos estaban esperando caballos de color negro, los montaban jinetes vestidos con túnicas negras. Estaban impidiendo el paso al caballo blanco con alas, no me dejaban continuar, con mi espada de oro, luché contra ellos, la lucha fue horrible pero pude abrirme camino y pasar al otro lado, allí estaba la luz.

El maestro se dirigió a todos y dijo.

-No voy a preguntaros uno por uno qué habéis

soñado esta noche, los sueños que habéis tenido, los ha realizado el romero.

Un hombre que estaba más atrás dijo.

-Maestro, yo también he tenido un bonito sueño.

-Sé de qué quieres hablarme, pero no hay tiempo para que cada uno de vosotros contéis vuestros sueños. Ahora nos iremos de aquí y llegaremos a la ciudad más próxima, allí no separaremos. Vosotros seguiréis vuestro camino y yo el mío para encontrarme con la gente que me está esperando.

Todos caminaban en silencio hacía la ciudad que el maestro les había anunciado.

Habían llegado a una plaza, era grande, allí el maestro se despidió de todos, y siguió su camino.

Todos se quedaron mirando al maestro cómo se alejaba hasta que lo perdieron de vista, muchos de ellos lloraban de ver que era la última que lo veían.

## UNA PEQUEÑA NINFA

Sabina había sufrido mucho todo el tiempo que estuvo fuera del palacio de las ninfas. Ella era una, un día habló con la reina para pedirle.

-Quiero pedirle que me dé el permiso para salir fuera de palacio, mi gran deseo es, conocer cosas nuevas y gente que puede verme para que den testimonio de nuestra existencia.

La reina la escuchaba muy atenta y con tristeza le dijo.

-Mi dulce Sabina, si sales al mundo de los mortales, vas a sufrir muchas decepciones y desengaños. Una sola palabra de un mortal que vaya en contra de nosotras las ninfas, te van a herir y puede ser que mueras. Las palabras de ellos son flechas que se nos clavan y morimos.

Sabina creyó todo lo que le dijo su reina pero, estaba decidida a correr ese riesgo para todas ellas. Sabía que en el mundo de los mortales no todos

eran iguales, el proceso mental de unos no era lo mismo que el de otros, los habían más inteligentes y con más capacidad de crear un mundo mejor.

Sabina volvía a palacio derrotada totalmente, apenas tenía fuerzas para volar, se paró en la puerta de palacio y llamó débilmente.

La ninfa guardiana abrió la puerta, le dio tiempo a coger a Sabina antes que se desvaneciera, y rápidamente pidió ayuda. Enseguida llegaron dos ninfas, cogieron el cuerpecito cansado de Sabina y lo llevaron a un lugar de descanso.

Una semana tardó en recuperarse, y seguidamente fue a ver a su reina para pedirle disculpas por no haberla escuchado y haber arriesgado su vida por querer creer en los mortales.

La reina la recibió con mucho agrado. Sabina se sentó a sus pies y empezó a relatar todo lo que le había ocurrido.

-Llegué a una casa grande con jardín, había una

joven muy bonita que regaba las plantas, me dejé ver por ella, al verme se puso a gritar diciendo que, no era verdad lo que estaba viendo. Agitó las manos para quitarme de su vista al tiempo que gritaba diciendo que estaba loca, que no era cierto lo que estaba viendo.

Sabina hizo una pausa para respirar, luego dijo.

-Cuando la oí decir que no era verdad lo que veía, perdí fuerzas y sentía que me caía.

Salí de ese jardín y me trasladé a otro lugar. Era una casa también grande, me colé por las escaleras y entré en el dormitorio de una niña de cinco años de edad. Yo necesitaba que ella me viera para que diera testimonio de nuestra existencia. Era una niña con dotes mágico, su sonrisa y sus maneras eran fantásticas, hacía tres días que jugábamos y reíamos con juegos que ella hacía. Al cuarto día, la niña dijo a su madre que había una ninfa en su habitación y que jugábamos las dos.

Sabina hizo un alto para poder seguir.

-La madre al oír esto, se puso furiosa con su hija, le regañó diciéndole.

-¡No vuelvas a decir eso más! ¡Si lo dices, te llevo al médico para que te cure!.

-En esos instantes mis alas se debilitaron y caí al suelo, perdí la consciencia, tardé un poco en recuperarme. La niña seguía viéndome pero no decía nada a su madre. Se negó a seguir jugando conmigo, hacía como que no me veía, entonces decidí volver a palacio, estaba a punto de morir, ya no quise seguir buscando a más gente para que me viera.

Sabina miraba el semblante triste de su reina, posó una de sus alas en sus pies como forma de caricia y dijo.

-Mi reina, te pido perdón por los estragos causados. Tú siempre estás vigilando para que cada una de nosotras estemos bien, esta vez te he desobedecido, pido que me perdones por lo egoísta que he sido sin darme cuenta del mal que te he



Causado, sé que estás sufriendo mucho por mí.

La reina miraba a Sabina con ternura, en sus ojos brillaba el amor y la comprensión. Le dijo.

-No te ha sucedido nada porque yo de lejos te he estado vigilando y cuidando. Has realizado la aventura que deseabas, ahora te das cuenta que estabas equivocada. El desengaños que has sufrido con los mortales ha sido grande, esto te va a servir para que aprendas.

Sabina miraba a su reina, era verdad lo que le decía, pero recordó otra cosa que ella le dijo, y le preguntó.

-Me dijiste que también había gente que nos quería y creían en nosotras ¿No es cierto?.

-La última niña que fuiste a visitar es una de ellas, pero todavía es pequeña para que se enfrente con los mayores y mantener la verdad de lo que dice. Cuando sea más grande, dará testimonio de lo que vio un día vio. No esté triste de que ahora no pudiera seguir hablando de ti, más tarde lo hará.

Sabina preguntó a su reina.

-¿Sabías que esa niña es fantástica?.

-Todas las reinas de las ninfas, sabemos al nacer un niño o una niña, si ha venido con el don de podernos ver, con el don mágico de vernos y oírnos.

Revoloteamos por alrededor de ellos sin que nos vean, y el que tiene la gracia de podernos ver, no cree que es una ilusión de su vista. Es consciente que es verdad lo que ha visto.

Sabina asumía y comprendía las palabras de su reina. Ella era madre de todas ellas. Habían más reinos de ninfas en otros lugares de la tierra.

La reina siguió diciendo.

-Si hubieras estado más preparada cuando te fuiste, habrías procurado que no te vieran.

Sabina con cara de arrepentimiento posó su cabecita sobre los pies de su reina y se quedó dormida.

## LA PALOMA HERIDA

El cazador estaba seguro que le había dado a una paloma blanca, su puntería era exacta y pocas veces fallaba. Buscaba a la paloma con gana de encontrarla.

Era un día gris de otoño, las hojas de los árboles reposaban muertas por todo el campo. La paloma estaba herida, una de sus alas el cazador la había tocado. Iba andando a pasito lento escondiéndose entre las hojas caídas. Oía las pisadas fuertes del cazador, estaba cerca de ella. La paloma temblaba de miedo y de dolor. Entre las hojas hizo un hueco para que le sirviera de escondite.

Hacía frío y la noche estaba llegando. El cazador arto de buscar, Abandonó la idea de seguir buscando y se fue de allí.

La paloma se aseguró que el cazador no estaba, salió de entre las hojas y siguió andando a pasito lento arrastrando el ala.

La noche se había echado encima, buscaba un

sitio para dormir. Se fijó en el tronco grueso de un árbol, abajo había un hueco bastante grande para ella. Allí estaría resguardada del frío y podría dormir aunque fuera unas horas, el dolor que tenía en el ala, era grande, entró en el hueco y se quedó.

Dentro de ese árbol vivía una familia de Gnomos, compuesta por un matrimonio y su hijita pequeña, rubia y regordeta. El agujero en el que dormía la paloma, era la entrada a la vivienda. Ellos se iban a dormir pronto, por a la mañana temprano emprendían el trabajo de cada día. La labor de ellos era limpiar el bosque de toda impureza y mirar que no hubiera ningún animal herido y abandonado por los cazadores. Esta familia de Gnomos los acogía en su vivienda hasta que se curaban de las heridas.

Papá Gnomo no podía dormir, había un ruido en la entrada de la casa que se repetía-runron. Él conocía del animal que procedía y sabía que se trataba de una paloma, se levantó del lecho y empezó a buscar. Su esposa hacía rato que dormía y el andar de él por la casa, la despertó.

-¡Ino, me has despertado!- dijo ella sentada en la cama- ¿Qué estás buscando con tanto afán?.

Ino fue hasta la cama y poniendo su índice en la boca hizo.

-Chss, chss, no hables tan alto, vas a despertar a la niña.

Ella preguntó más bajo.

-¿Qué pasa?.

-Lo estoy averiguando, es una paloma que tiene que estar herida y se ha resguardado en la parte de afuera, tengo que encontrarla, de lo contrario puede morir de frio.

El matrimonio fue hasta la entrada de la casa, Ino abrió la puerta y encontró a la paloma acorruçada y quejándose de dolor.

El cogió con sus dos manos, lo hizo despacio para no hacerle daño y entró con ella en la casa.

Su esposa Sorassa hizo un sitio en la mesa para que dejara a la paloma encima.

Ino se dio prisa a buscar todo lo necesario para curar a la paloma, Sorassa la mantenía quieta cogida con sus manos, sentía que el ave se estaba quedando fría. Ella gritó a Ino para que se diera prisa, él llegó lo más rápidamente que pudo y empezó hacerle la primera cura.

-¡Rápido, vamos a la cama! ¡Pongamos a la paloma en medio de nosotros dos para que coja calor!- propuso Sorassa.

Ino, corría al dormitorio con la paloma entre sus manos seguido de su esposa Sorassa, se acostaron, pusieron al ave entre ellos dos para darle calor.

Se había hecho de día, el matrimonio seguía durmiendo, tenía sueño atrasado de haber estado toda la noche curando a la paloma. Los despertó la voz gruesa de Venec, un antiguo amigo que colaboraba con ellos en la limpieza del bosque.

-¡He, despertad! ¿Cómo es posible que a estas horas del día estéis todavía durmiendo? ¡Hay trabajo en el bosque! ¡Ayer vinieron cazadores!.

Ino se despertó sobre saltado y también su esposa, él dijo algo enfadado.

-¡Podías haber llamado antes de entrar! ¿No te parece?.

-¡Perdona hombre! ¡ Yo pensaba que estaváis levantados!.

Ino se levanto de la cama con la paloma entre sus manos, el animal miraba para todos lados, hacía esfuerzos para moverse, se estaba recuperando, con sus gesto decía qué quería comer. Sorassa preparó un grano para que la paloma comiera, se comió todo lo que le puso.

Ino desayunó y se fue con su compañero, lo estaba esperando para quitar raíces muertas que yacían debajo de la tierra.

Había pasado un tiempo, la paloma estaba recuperada de la herida. Una mañana el matrimonio de Gnomos, salieron de su casa, Ino llevaba a la blanca paloma entre sus manos, la echó a volar diciéndole – Vuela libre y aléjate de los hombres que llevan armas, ellos son la perdición.

## EL ÁNGEL DE LA GUARDA

Las dos carrozas llevaban la marcha de cada día, los que íbamos en ellas estábamos siempre contentos, cantábamos canciones para alegrar nuestra alma.

Era la época de invierno, el camino estaba en mal estado para las mulas que estiraban de los carros, la lluvia caía desde hacía varios días.

Éramos cómicos ambulantes, vivíamos de nuestro trabajo que era ese. Hacíamos un espectáculo sencillo para gente humilde que vivían en pueblos pequeños. La compañía se componía de mi esposa, yo y mis dos hijas. Mi esposa cantaba bien, yo la acompañaba con el acordeón y mis hijas bailaban, ellas hacían danza movida y alegre. Llevábamos dos carros, estiraba una mula de cada uno. En un carro íbamos mi esposa y yo, y en el otro, mis dos hijas. Yo siempre le daba gracias a dios por darme la esposa que tenía, ella era la que me levantaba la



moral, siempre estaba cantando y riendo. Apenas teníamos para pasar el día, la gente de los pueblos eran pobres, nos echaban unos céntimos, lo que podían.

Llegamos con duras fatigas a un pueblo, las mulas ¡Pobres animales!. Iban que no podían más estirar de los carros, aparte de la lluvia, hacía un frio infernal. Decidimos pasar la noche en ese pueblo por el bien de los animales y el nuestro.

A la mañana siguiente decidimos irnos de allí para ir a otro pueblo más grande y con más gente, estos últimos no nos darían ni para comprar pan.

La moral mía siempre era baja, sentía mucha pena por mi esposa que era una santa, y por mis hijas que eran dos benditas de dios. Ellas cuando me veían triste bailaban para mí, y contaban alguna anécdota para hacerme reír.

Llevábamos dos horas de camino difícil y duro para todos. Las ruedas de los carros había veces que

se quedaban atascadas por alguna piedra, mi esposa y yo nos bajamos y entre los dos lo solucionábamos. Hacíamos esta vida de bohemios por que la libertad para nosotros era muy importante.

Llevábamos medía hora de camino y vimos que más adelante iba un hombre relativamente joven andando por aquel camino de barro, al ruido de las ruedas de los carros, se dio la vuelta para mirar quién venía. Iba cubierto con una capa color marrón, llevaba un sombrero ancho de manera que la lluvia no pudiera darle en la cara. Al llegar a él, levantó la mano y nos saludó, yo tiré de las riendas y paré el carro. El nos miraba sonriente.

-¿Quiere subir para no mojarse?- dije.

-Sí, gracias- respondió con amabilidad.

Me puse más cerca de mi esposa y le hice un sitio a mi lado.

Emprendimos el camino sin que él hablara, Para romper el hielo le dije.

-Hace mal tiempo y no para de llover.

Con voz suave respondió diciendo.

-Es natural, estamos en época de invierno.

Los dos nos miramos de frente, tenía los ojos color avellana, la mirada dulce y penetrante. Me sacó de ese trance una de mis hijas que dijo gritando para que la oyera.

-¡Padre! ¿Quién es ese señor?.

Yo le respondí sin volver la cabeza.

-¡No lo sé! ¡Pregúntaselo a él!.

Él al escuchar decir esto mío, se echó a reír y no dijo nada.

Íbamos llegando a un pueblo, hasta nosotros llegaba la olor a comida casera, yo iba para desmallarme, mi esposa y mis hijas también. Pasamos por delante de una casa de comidas, el olor a guisado nos había hecho desvanecer, yo no tenía ni un céntimo en el bolsillo.

-Para el carro- dijo el hombre que cogimos- Os invito a comer. También las dos mulas necesitan

Comer y descansar, llevan mucho trote estos animales.

Se alejó de nosotros para ir a comprar dos sacos de pienso para las mulas. Al volver le puso un saco a cada una, los animales comían con gana, dejaron los dos sacos vacíos. Nosotros entramos en la casa de comidas, nos sentamos los cinco en una mesa larga. El dueño vino a tomar nota de lo que íbamos a comer. Al poco tiempo trajo cinco platos de un guisado que olía a gloria bendita y sabía aún mejor.

Nuestro acompañante y bendito hombre, pagó el importe de lo que habíamos comido. Nos quedamos un rato para reposar la comida y para calentarnos en la gran chimenea de leña que había ardiendo. Para romper el silencio que entre nosotros había le pregunté.

-¿A dónde se dirige?.

Tardó unos instantes en responder, después dijo.

-No tengo rumbo fijo, voy parando donde creo que está bien.

Le pregunté por curiosidad.

-¿Va de un lado a otro por placer?.

-Sí- respondió.

No dije nada más, creí que se trataba de un hombre que le sobraba el dinero y que le gustaba hacer esa clase de vida.

Él respondió cómo si me hubiese adivinado el pensamiento.

-No soy rico, tengo lo justo para vivir, hago algunos trabajos y con eso tengo bastante. Soy libre cómo los pájaros, me comporto como ellos, siempre estoy alegre y feliz.

Sin que él me preguntara, yo le dije.

-Nosotros somos cómicos, también vamos de un lado a otro, pero en esta época, no sacamos ni para comer, también están las dos mulas que llevamos, ellas igualmente tienen que comer.

Me fijé en mi hija la menor, lo miraba mucho, se había quedado con la boca abierta, parecía que miraba a alguien que no era de este mundo. Él como hombre era muy atrayente, estaba yo seguro que las mujeres tenían que irle detrás. Mi hija seguía echándole miradas para ver si él le correspondía. Me fijé en él para averiguar si hacía

lo mismo. No vi que le correspondiera, hablaba conmigo ajeno a lo que sucedía con ella, eso era lo que yo pensaba. Yo quería mucho a mis hijas y deseaba lo mejor para ellas.

Pensando en mi hija le pregunté a él.

-¿Cómo se llama? Ya hace rato que nos hemos conocido y aún no nos hemos presentado.

-Mi nombre es, Ángel. Todos me conocen por ese nombre y me llaman de esa manera.

Yo miré a mi esposa e hijas, no entendí bien qué quiso decir, luego dije.

-Yo me llamo Antonio, mi esposa Inés, mi hija la mayor Aurora y la pequeña Isabel.

Me quedé con la incógnita y le pregunté.

-¿Qué has querido decir con que la gente te llama Ángel?.

-Nadie pregunta de cómo me llamo, ayudo al que me necesita y es por eso que me conocen con el nombre de Ángel.

-Está bien todo eso que dice, pero tiene que tener un nombre propio ¿No?.

-¿Ángel no es un nombre propio?- dijo él.

-Es verdad, pero no es eso lo que quiero decir, sé que me ha comprendido, por algo no quiere decirme la verdad.

Él cambió de tema diciendo.

-¿A dónde os dirigís ahora?.

Yo le respondí abandonando la idea que tenía.

-Con este tiempo qué está haciendo, no lo sabemos muy bien. La gente no sale de sus casas.

-Conozco un pueblo que no está lejos de aquí. La gente que vive allí se aburre mucho, estoy seguro que en ese pueblo haréis un buen trabajo. En ese pueblo tengo amigos y gente que conozco.

Al oírlo decir eso, vi que se nos abría una puerta. Teníamos que irnos de allí para llegar lo más pronto posible a ese pueblo.

Subimos a los carros, Ángel iba sentado a mi lado.

Era poco hablador, yo no le pregunté nada sobre él, parecía que no le gustaba que se supiera mucho de su vida.

La carretera que conducía al pueblo, en un cartel decía que faltaba dos kilómetros para llegar.

-¿Tenéis dónde pasar la noche?- preguntó Ángel.

-Los carros es nuestra vivienda- dije.

Él permaneció callado, yo lo observaba, me gustaba hacerlo y pensaba ¡Es posible que sea un ángel! ¡Dicen que en la tierra hay muchos que no sabemos que son! ¡Visten igual que nosotros, la vida de ellos es muy parecida a la nuestra!.

Habíamos llegado al pueblo, los carros o carrozas las dejamos en un descampado.

Ángel tuvo que irse, nos aseguró que vendría por la tarde con sus amigos y conocidos para que diéramos la función. Tanto yo como mi esposa e hijas, saltábamos de alegría. Los cuatro comentábamos la suerte de haber conocido a Ángel él, nos estaba ayudando y gracias a él habíamos



comido ese día hasta quedar satisfechos.

Nos pusimos rápidamente a sacar de los baúles la ropa que íbamos a necesitar para la función de la tarde. Yo creía que todo iba sobre ruedas, no era así, había un problema con mi hija Isabel, la menor. Ella se oponía a ponerse por la tarde en la actuación, el mismo vestido de siempre, no tenía otro. Su madre y yo le hablábamos para que viniera a razones, la actuación de esa tarde era muy importante para los cuatro.

Ella se metió dentro de la carroza y dijo que no salía de allí. Mi esposa le rogaba, yo le suplicaba pero todo era en vano, al ver que lloraba, la dejamos. Mi esposa cómo mujer que es, me cogió a parte y me dijo.

-Antonio, no insistamos, la niña se ha enamorado de Ángel, quiere otro vestido, este que tienen tanto una como la otra están viejos.

-¿De a dónde sacamos otro vestido para ella?.

-Un día u otro, yo sabía que algo de esto iba a suceder- dijo mi esposa.

A nadie puedo desear los apuros que pasamos mi esposa y yo. Veíamos que el tiempo se echaba encima, mi hija Isabel se había acostado, renunciaba a participar en la función.

Mi esposa, mi hija la mayor y yo, estábamos preparados y vestidos. Teníamos que empezar antes que la gente llegara para hacer calentamiento. Hacía diez minutos que habíamos empezado el espectáculo sin mi hija menor. La gente empezó a venir, Ángel estaba entre ellos. Se acercó a nosotros y nos preguntó.

-¿Dónde está Isabel?.

Yo le eché un achaque, le dije.

-Se ha quedado en la carroza porque no se encuentra bien.

-Eso no es así, ella está bien. Lo que pasa es que no quiere trabajar estando yo delante.

Le dije con cara de pena.

-¡Qué puedo hacer!.

-Dile que quiero hablar con ella.

Fui hasta la carroza, estaba mi hija acostada en

su litera, al verme miró para otro lado.

-Isabel, Ángel quiere hablar contigo- dije.

Ella al escucharme decir esto, se levantó de un sato y empezó arreglarse y a dar color en sus mejillas. Le dije para que después no se llevara una decepción.

-No creo que Ángel se fije en el color de tus mejillas.

Ella sonrió y mientras se retocaba dijo.

-Tú ya eres mayor y no entiendes de estas cosas.

No respondí nada porque sabía que sería inútil todo lo que dijera.

Salió de la carroza lo mejor arreglada que pudo. Los dos no dirigimos a dónde nos estaban esperando, al llegar, mi hija fue directamente a ver a Ángel y con cara risueña preguntó.

-¿Quería verme?.

Ángel hizo una señal para que yo me acercara, avancé unos pasos y me preguntó.

-¿Por qué razón me dijiste antes que tu hija no

actuaba?.

Miré la cara de mi hija y vi que se había puesto roja, antes de que yo respondiera él dijo.

-No importa, olvida lo que te he dicho. Si ella no quiere actuar, hay aquí en el pueblo muchas jóvenes que lo harán gustosamente tal cómo van vestidas. Cuando se tiene gracia y se sabe hacer una cosa, el atuendo qué se lleve no importa. Lo principal es querer y siendo uno mismo.

Miré a Isabel, sentí compasión por ella, quizá por ser mi hija.

Ángel volvió de nuevo hablarle, le dijo.

-Eres hermosa y muy bella, pronto llegará el hombre de tu vida. Te querrá tal como eres y sin arreglos en tu cara, eres guapa por naturaleza.

Yo soy un caminante que va de ciudad en ciudad y en ningún sitio me quedo mucho tiempo.

En este pueblo todos me quieren y yo a ellos, saben que dentro de dos días me voy a otro lugar.

Mi hija tenía la cabeza mirando al suelo, ella se

había hecho ilusiones con Ángel, era normal siendo un hombre joven y bien parecido.

Él la cogió de la mano y la llevo junto a su madre y a su hermana, le dijo.

-Ve a ponerte el vestido de baile, todos te estamos esperando para verte bailar, y el día que menos lo esperes, te enamorarás de verdad de la persona que te va hacer feliz.

Mi hija se quedó más tranquila. Ángel besó su mano y le dijo.

-Ahora muéstranos a todos lo bien que bailas.

Ese día la gente fue buenos con nosotros, nos dieron entre todos una buena cantidad de dinero y una parte fue para comprarles a mis dos hijas un vestido a cada una para la danza.

A la mañana siguiente vino Ángel para despedirse de nosotros. Tanto mi esposa, mis hijas y yo, nos dio pena que se fuera, le habíamos cogido

mucho cariño, y además nos había dado mucha suerte que lo conociéramos.

Antes de irse quería yo preguntarle.

-¿Esto qué has hecho con nosotros, es lo que haces con todos los que te encuentras? ¡No nos conocías de nada!.

Ángel sonrió y luego dijo.

-A ti te conozco desde que eras niño, ibas con tus padres por los pueblos tocando el acordeón. A tu esposa también la conocía cuando de niña iba vendiendo cintas por la calle para el pelo y, por último, hace años vi a tus dos hijas siendo niñas bailando con vosotros en otro número que hacíais.

Me quedé que no sabía qué decir. Yo era más de veinte años mayor que él ¿Cómo era posible que me conociera de niño?.

Sólo le pude decir.

-Ahora sé por qué te llaman Ángel, realmente eres un Ángel. Me gustaría hacerte muchas

preguntas, pero sé que no las vas a responder porque es parte del trabajo que tienes en la tierra.

Volvió de nuevo a sonreír. Sé despidió de nosotros y se fue. Vimos cómo se alejaba por el ancho camino encharcado por el barro.

A la mañana siguiente antes de emprender el camino hacia otro pueblo, pregunté a la gente para que me dijera de qué conocían a Ángel, nadie supo decirme nada. A todos los que les pregunté, me dijeron que desde hacía años iba al pueblo. Unos lo acogían en su casa, en otra ocasión otros, todos eran felices de tenerlo con ellos.

Otra cosa muy curiosa me dijeron que se me quedó en la mente grabada.

Cuando Ángel llegaba al pueblo, siempre había algún animal enfermo, fuese asno, cabras ovejas, o algún perro. Llevaba con él una botellita con un líquido, les daba de beber y pronto sanaban.

Ángel para la gente de ese pueblo era el ángel de la guarda, era por esa razón que lo querían y

respetaban. Otra cosa me dijeron muy importante, cuando Ángel llegaba al pueblo, los habitantes echaban a suerte en qué casa se iba a quedar. El año que él aparecía por el pueblo, les daba a todos buena cosecha. Deseaban que pronto volviera.

Nos fuimos de ese pueblo montañoso y lleno de vegetación, era un lugar bonito y muy acogedor. Para pasar al otro lado tuvimos que atravesar el río, las mulas pobrecitas iban que apenas podían. Entre mi esposa, mis hijas y yo, las ayudamos empujando las carrozas, de esa manera pasamos al otro lado.

Tanto mi familia cómo yo, estamos seguros que Ángel nos ve por dónde pasamos y nos bendice.

CLARA EISMAN PATÓN